

«El exceso de información opera como una forma de ceguera, es inabarcable»

«De las muchas identidades con las que definimos, la que tiende a fagotizar a las demás es la profesional»

TAMARA MONTERO

SANTIAGO / LA VOZ

Remedios Zafra (Córdoba, 1975) ganadora del premio Anagrama de Ensayo por su libro *El entusiasmo*, participó ayer en el ciclo Pensarnos del Consello da Cultura para hablar de precariedad en los trabajos creativos.

—¿La vocación es una trampa, una cadena autoimpuesta?

—Estamos viviendo en una instrumentalización de ese entusiasmo para acelerar la maquinaria productiva y competitiva de forma que se está pervirtiendo. Es lo que denominamos entusiasmo fingido, un entusiasmo del que muchas personas que están en situación de precariedad necesitan hacer uso. Me refiero a esa constante rivalidad que viven personas que están constantemente formándose y accediendo a becas, que implica un encadenamiento de actividades y seguir en esa cadena productiva con la expectativa de que les llevarán a un trabajo estable, a una mejor vida.

—¿Es también entusiasmo fingido ese fenómeno de ligar la identidad personal a la profesional?

—De las muchas identidades con las que podríamos definirnos, la que tiende a fagotizar las demás es la profesional, porque ocupa la mayor parte del tiempo. Me interesa mucho porque habla de formas de autoexplotación. Al estar casi siempre pensando en el trabajo o con la posibilidad de acceder a él, la identidad que prevalece es la profesional.



Zafra ganó el premio Anagrama de Ensayo por «El entusiasmo». SANDRA ALONSO

—También está ese tema de pagar en visibilidad, no en dinero.

—Siempre existió el pago simbólico, pero nunca el contexto ha sido como ahora. Antes unos pocos creaban para muchos. Ahora muchos creamos para muchos. No es lo mismo pagar en visibilidad a un rico que a un pobre, porque quien es rico lo puede convertir en prestigio y seguir trabajando, pero quien es pobre lo convierte en frustración, porque no le permite vivir. Alimentar ese sistema es sumamente peligroso y políticamente uno de los corazones de la desigualdad. Si el pago es visibilidad, es visibilidad no solo a tu trabajo, sino que tú eres tu trabajo, como decías antes.

—Te define como persona.

—Te lo juegas todo porque lo que está en juego es mantener tu prestigio, tu nombre en las redes. Esa vulnerabilidad para el sujeto es algo llamativo, que ade-

más le expone, y creo que por eso es sencillo mantener la adicción que generan las redes y vernos gratificados por esa visibilidad, porque en el fondo no habla de trabajo, sino que te convierte a ti en tu trabajo y a ti mismo en el producto.

—En esta semana de debates surge la duda de si somos ignorantes sobreinformados.

—Últimamente, la información suele operar como ruido. Pensábamos en la que acceder a un universo de datos, información, de voces, era algo positivo y ciertamente tiene algo positivo, pero ese exceso opera como una forma de ceguera porque es inabarcable. Nos dificulta e incluso nos agobia. Tenemos tantísima información que no sabemos como gestionarla. Curiosamente en las dos semanas de campaña, en el discurso que hemos escuchado las palabras verdad y mentira

son las que más ha aparecido y en los debates posteriores la verificación. Parece que todo gira en torno a la sospecha y la duda de que no es verdad lo que nos han contado. La velocidad, el exceso y la caducidad funcionan como categorías precarias. Esa celeridad tiende a favorecer ideas preconcebidas. Es muy difícil que alguien cambie de opinión en debates y el puestas en escena de este tipo porque tendemos a pasar muy rápidamente. La lectura acaba siendo algo epidérmico, y por eso los medios daís mucha importancia a los titulares, porque entre el exceso se pretende dar a los ciudadanos una serie de ideas más sencillas para pensar en ellas valiéndose de cuestiones más emocionales que racionales. Todo lo que hemos visto sobre la verdad y la mentira estaba cargado de argumentos muy subjetivos y de una pura emocionalidad.

«En este contexto laboral, los amigos de pronto son rivales»

Parece que la cultura se ha convertido es algo así como un fotocolor en el que todo el mundo quiere que lo miren y nadie mira. —El sujeto ha dejado de representarse y se expone, se exhibe en la red. El hecho de que todos podamos hablar, producir, exponernos, exhibirnos en la red, genera la pregunta de quién nos ve, quien escucha. O cuándo yo misma puedo escuchar, si siempre estoy produciendo, si siempre estoy mostrándome. ¿No es acaso fundamental el recuperar esos espacios de silencio, de lec-

tura, de escucha...?

—Y todo esto, ¿es la base del individualismo actual?

—La cuestión del individualismo está muy relacionada con el capitalismo cognitivo o cultural y con el contexto neoliberal en el que podemos enmarcar este análisis. Por una parte el individualismo propio del capitalismo es reforzado constantemente en los mensajes que escuchamos, que nos rodean, que resaltan esa idea de responsabilidad individual de si tú quieres, tú puedes, que es aparentemente una cosa bellí-

sima, que la fuerza de voluntad puede con todo. Pero eso genera también la falsa ilusión de que esto es así. Si tienes un contexto idóneo puede que lo sea, pero lo que ocurre normalmente es que es responsabilidad individual deja de lado esa responsabilidad social y colectiva. Esa individualidad se acentúa por este entramado laboral y económico en el que los que eran nuestros amigos, que se sentaban a nuestro lado en la facultad, de pronto se han convertido en rivales y en competidores, porque optan a

los mismos trabajos, rompiendo los lazos entre iguales. Este año he visto multitud de iniciativas en el camino de intentar articular una red de solidaridad y de colectividad porque en el momento en el que ves a la persona con la que estás trabajando como un competidor no creas ese lazo, y esto obviamente beneficia a quien quiere seguir contratando con esa lógica de mínima inversión, máximo beneficio, porque saben que hay una lista de personas precarias dispuestas a competir entre ellas.